

Los cerros de Ubeda

Por Jaime CAMPANY

YA están diciendo algunos, y tal vez con cierta razón, que se está haciendo de menos a las Cortes. Acabamos de estrenar el sufragio universal, y a esas Cámaras, que son la representación de la soberanía popular y que tienen la alta misión política de legislar y de fiscalizar la labor del Gobierno, llegan los asuntos amasados ya y ya cocidos en otras cámaras más reducidas, en otras reuniones a puerta cerrada, a las que no tienen acceso ni los representantes del pueblo, ni los informadores, ni los curiosos que quieren asistir a los sacros oficios en el templo de las leyes. Parece que cada vez más, el Congreso de los diputados y la asamblea de los senadores son un conjunto de extras o de comparsas, a quienes sólo está reservada la misión de votar conforme a los pactos previamente establecidos. Dicen, incluso, que algunos padres de la patria se enteran por la Prensa de lo que van a votar el día siguiente. Caben, sí, algunas sorpresas pintorescas: el voto al P.C. del diputado gitano de la U.C.D., o la broma del voto a Camuñas o a Calvo Sotelo para presidentes del Congreso al amparo de las votaciones secretas.

Como no hay debate parlamentario, el electorado —el personal que dicen los nuevos castizos— no se entera de las razones de cada uno. Lo de las votaciones previstas es un hecho normal en un régimen parlamentario. El partido o los partidos en el Gobierno votan a favor del Gobierno, y la oposición vota en contra. O, algunas veces, votan también a favor. Lo que pasa es que antes se ha producido el debate, y todos pueden juzgar el valor de los argumentos de unos y otros. Ese juicio de valor condiciona el resultado de las siguientes elecciones.

Lo malo no es que se esté legislando y gobernando al margen del Parlamento. Es que, por lo que se ha visto hasta ahora, en el Parlamento no se parlamenta, no se discute, no se debate. Los portavoces de los partidos leen un discurso escrito sin conocer los argumentos del anterior. Un diputado hace determinadas afirmaciones, y el siguiente no las rebate, ni las comenta, sino que lee otro discurso en el que para nada se tiene en cuenta las afirmaciones del anterior. Es un ejercicio permanente y curioso del método Ollendorf. Cada cual sale por los cerros de Ubeda. Después, se vota según el acuerdo pactado. Y el presidente levanta la sesión. El parlamentarismo puede conducir a un exceso de oratoría hinchada y grandilocuente. Este sistema de la lectura lleva a la recitación de una serie de monólogos, o a un diálogo entre sordos. A la sucesión política de los cerros de Ubeda.